

cuestiones sistemáticas que ocuparon esa época. Así sucedió en los primeros siglos con la delimitación cristiana frente al judaísmo, la confrontación con la filosofía, con la gnosis o con las religiones antiguas (cap. 3). Posteriormente, surge el desarrollo teológico en torno a las cuestiones trinitarias y cristológicas, así como los primeros avances de una reflexión sobre los sacramentos, la Iglesia y la gracia (caps. 6 y 7). La edad media aparece dominada por la aplicación de la razón y las cuestiones de método (neoplatonismo, aristotelismo, dialéctica, teología y mística), etc. (caps. 8, 9 y 10). La soteriología será la protagonista de la época de la reforma protestante y del concilio de Trento (cap. 11), seguida de la época controversista entre catolicismo y protestantismo, con las discusiones que prolongan las instancias de la reforma (agustinismo, jansenismo), las relaciones naturaleza y gracia, etc. (cap. 12).

La Ilustración racionalista, sus derivaciones filosóficas, y los primeros pasos de la crítica bíblica e histórica (cap. 13), darán lugar a la apologética y neo-escolástica católica del siglo XIX (con los matices propios

de la escuela de Tubinga) que se enfrenta al racionalismo y sus variantes (cap. 14.). El autor dedica finalmente la tercera parte de su manual al siglo XX, lo que es un síntoma de la complejidad que ofrece la época más reciente: tiene aquí su lugar la teología protestante, sea liberal, sea la reacción barthiana; el modernismo en versión católica, y los primeros pasos de renovación de la teología católica («nouvelle theologie», etc.) (cap. 15). El cap. 16 se dedica a la teología en torno al Concilio Vaticano II, donde el autor privilegia la perspectiva de la «apertura al mundo». Los autores que examina en este contexto son K. Rahner, W. Pannenberg, H. U. von Balthasar y J. Ratzinger. Dedicó el autor las últimas cincuenta páginas de su manual a las corrientes y temáticas actuales de la teología (caps. 17 y 18).

Hay que poner de relieve, finalmente, una cualidad apreciable de la obra de Anson: el estilo del manual brilla por la claridad del discurso e incluso la amenidad de la redacción.

José R. VILLAR

Placide DESEILLE, *De l'Orient à l'Occident. Orthodoxie et christianisme*, Genève: Éditions des Syrtes, 2017, 344 pp., 14 x 22,5, ISBN 978-294052364-1.

El autor figura en el libro con dos denominaciones distintas. En la portada se le designa como Père Placide Deseille, pero en la portada interior aparece como Archimandrite Placide (DESEILLE). Se trata, en efecto, de Placide Deseille (1926-2018) que durante 35 años fue monje cisterciense y en 1977 fue admitido –con sus compañeros del monasterio de la Transfiguration en Aubazine, en Corrèze donde era abad– mediante un nuevo bautismo en el Monte Athos, en la Iglesia ortodoxa. Más tarde, fundó en Francia el monasterio de Saint-Antoine-le-Grand, dependiente del monasterio Simo-

nos Petra, del Monte Athos. El P. Placide había desarrollado para entonces, y siguió haciéndolo, una importante labor intelectual como editor de autores espirituales, especialmente monásticos, de la Antigüedad.

La obra recoge una colección de escritos del autor sobre cuestiones más o menos relacionadas entre sí: algunos son estudios históricos sobre la evangelización (I), la inculturación del cristianismo entre los siglos IV y VII (II), los orígenes del monaquismo (III), la revolución francesa, Europa y la ortodoxia (IX). Otros capítulos abordan cuestiones doctrinales como la teología trinita-

ria de san Agustín como causa de la ruptura (IV), las razones del corazón en Pascal y en los Padres orientales (VII). Algunos de ellos se centran en cuestiones directamente relacionadas con la ortodoxia, como el Monte Athos y Europa (X), la presencia ortodoxa en Europa occidental (XI), la significación de la diáspora ortodoxa en Europa occidental (XII), o ser cristiano ortodoxo hoy (XV). El último grupo de temas tiene que ver con las relaciones entre la «tradición ortodoxa» y la «tradición occidental» a propósito de la historia de la ruptura (V), la espiritualidad (VI), divergencias y convergencias (VIII), la ortodoxia, uniatismo y ecumenismo (XIII) y los puntos de vista ortodoxos sobre la unidad de los cristianos (XIV). A todos ellos precede un relato de 45 páginas en las que ofrece las «Etapas de una peregrinación: autobiografía del Padre Plácido».

El libro incluye una justificación del paso dado por el autor al incorporarse a la Iglesia ortodoxa –que es, dice, la Iglesia de Cristo en toda su plenitud (pp. 31, 238) y de la cual se separó la Iglesia romana (p. 153)– y una explicación de las razones teológicas que sustentan ese paso. Sorprende la posición, por un lado, dialogante en diversas cuestiones que conoce bien por su pasado católico y al mismo tiempo la rigidez de algunas posturas teológicas que, quizás, tienen que ver con su relación con el Monte Athos.

Deseille subraya fuertemente el apofatismo en la línea de Lossky –con fuerte apoyo en la distinción de esencia divina y energías, tal como la presentó G. Palamas en el siglo XIV–, muy alejada de autores como Soloviev e incluso de Boulgakof. Atribuye sólo a los ortodoxos la fidelidad a los Padres antiguos (griegos, naturalmente) y al auténtico desarrollo, sin cambios, de la doctrina de la Iglesia en el primer milenio (p. 269). Frente a ella, la Iglesia romana experimentó una «ruptura» al defender, entre otras cosas, el *Filioque*, el primado del papado y una relación con Dios más racional que espiritual.

Deseille critica fuertemente la posición de san Agustín a quien atribuye estar en el origen de buena parte de las desviaciones occidentales en cuestiones de el conocimiento de Dios. Oriente reprocha a Agustín unas cuantas cosas: la primera, que él es el primero en utilizar una filosofía para comprender la revelación (p. 121) así como el hecho de que exalta la capacidad del hombre para conocer a Dios (p. 157). Además, a Agustín atribuye el haber forjado el concepto de «naturaleza espiritual» aplicable a Dios y a los hombres. Todo ello introduce en la Iglesia romana –afirma– un riesgo panteísta en la relación con Dios. Otros aspectos negativos de la doctrina agustiniana son la explicación psicológica de las procesiones trinitarias y la doctrina de la gracia, la libertad y la predestinación. De hecho, Deseille no duda en concluir que tanto el catolicismo como el protestantismo son dos formas de agustinismo (p. 269).

No escasean los juicios que denotan una cierta superioridad de la espiritualidad y de la teología ortodoxa sobre las de la Iglesia católica romana. Para ello se sirve, incluso, de una interpretación «ortodoxa» de san Juan de la Cruz. Creo sinceramente, sin embargo, que exagera las afirmaciones a favor del apofatismo y no interpreta correctamente a san Agustín ni la teología medieval del conocimiento de Dios. La acusación de un riesgo de panteísmo de la teología católica del conocimiento de Dios (p. 181) es difícil de entender.

El interés de esta obra está, especialmente, en las páginas autobiográficas del comienzo. En el resto, el autor se muestra como un teólogo ortodoxo que vive en occidente y juzga la realidad de la Iglesia romana y su teología con una visión muy particular y, en algunos casos, alejada de la realidad que conoció en su etapa de monje católico.

Esteban CIZUR